

ALBERTO GIORDANO

Mientras tanto



mini
bulk



MIENTRAS TANTO.
POSTEOS PERDIDOS
Primera edición: diciembre de 2021

© Alberto Giordano, 2021

© mini • Bulk editores, 2021

Girón de las Palmas 1295, Ñuñoa
Santiago de Chile
bulkeditores@gmail.com
www.bulkeditores.com

Imagen de tapa: Daniel García, «Mickey», acrílico sobre papel, 2021
[@danielgarcia1958](https://www.instagram.com/danielgarcia1958)

Producido en Chile & Argentina • *Produced in Chile & Argentina*

ISBN 978-956-6162-09-4

Derechos reservados.



bulk editores

[*la densidad aparente en el papel*]

ALBERTO GIORDANO

Mientras tanto

Posteos perdidos



2020

29 de agosto

LO PERECEDERO

Con parte del dinero que habíamos reservado para un viaje a Río —tuvimos que suspenderlo por la pandemia—, la semana pasada compré más de trescientos cds de jazz usados. Pertenecieron a un coleccionista rosarino que murió hace un par de años y que, por una de esas casualidades que vuelven la vida encantadora, también fue compañero de trabajo de Jorge, mi suegro. Para Judith, que lo conoció desde chica, era «Luisito», así lo llamaban en su casa.

Jamás hubiera imaginado la posibilidad de adquirir tal cantidad de cds preciosos sin moverme de Rosario. La recibí como una especie de milagro, pero sin la euforia de otras compras memorables aunque menos pantagruélicas. Desde el comienzo, sufrí raptos de identificación con Luisito, el coleccionista mortal, y el milagro se impregnó enseguida de melancolía. ¿Cómo puede ser que algo tan propio e intransferible como una colección, obra de toda una vida, sobreviva a quien la construyó?

Para consolarme, Judith dice que Luisito se alegraría si supiera que sus discos cayeron en buenas manos, las mías, las de alguien que también los atesora. Yo le digo que más se alegraría si pudiera seguir escuchándolos.

30 de agosto

THE FEELING OF JAZZ

Entre los comentarios que recibió el posteo de ayer, uno de Rubén «Chivo» González, reconocido saxofonista y *jazzman* rosarino:

«El destino de estos trescientos cds es una gran noticia. Debo decirte que yo también fui compañero de tu suegro, el querido Jorge P., durante 32 años.

‘Luisito’ (Luis para mí) fue el hermano varón que no tuve. Entramos el mismo día a Federación, el 5 de agosto de 1968, y lo acompañé hasta sus últimas horas. Siempre sentí con orgullo que fui quien lo introdujo en el mundo del jazz, lo que con los años lo convirtió en un capo internacional (y no exagero) en materia de colección y conocimientos. Pero esa es una larga historia».

Quise conocer algo de la «larga historia» y, a través de Messenger, le ofrecí a Rubén reunirnos en un café o en alguna de nuestras casas. Como él todavía mantiene un confinamiento estricto, quedamos en hacer una videollamada, aunque prefiero evitarlas porque siento que agravan la impresión de lejanía.

Rubén es tanto o más locuaz que yo, conversamos casi una hora y media. Registro algo que no debería perderse. Al mes de que él y Luis hubieran ingresado a Federación, Rubén se enteró de que Duke Ellington iba a tocar con su orquesta en La Plata. No tenía margen, pero igual se atrevió a pedir el

día en el trabajo para asistir al concierto. Se lo concedieron. Luis quiso conocer las razones del entusiasmo y la audacia. Rubén le explicó la importancia de Duke Ellington, como compositor e intérprete, y la de su orquesta, en la historia del jazz. A sus veinte años, Luis ya era un melómano, pero aficionado solo a la música clásica. Con el tiempo se iba a convertir en un coleccionista y en un erudito de primer nivel en las grabaciones de Ellington. Por internet circula una catá- logo de su autoría, de edición casera, titulado *Duke's Elligton discography*, tiene 274 páginas. En el sitio del diario *El día*, se puede leer la crónica del aquel mítico concierto platense. La voy a postear y voy a etiquetar al «Chivo», para alentarle a despuntar el vicio de la rememoración.

2 de septiembre

FRAGMENTOS DE UNA CORRESPONDENCIA I

A las 14:45, recibí este e-mail de César:

«Querido Alberto,

hoy en día todos los mensajes empiezan ‘espero que estés bien’, aunque nadie está del todo bien. En fin, lo espero de todos modos. Me pregunto si alguna vez volveremos a tener uno de nuestros almuerzos conversados. Soy bastante pesimista. Mi vida ahora no es muy distinta a la de antes, con Liliana enferma; sólo faltan esas breves salidas que me permitía, como la última vez que comimos en Damblée. Leo, miro películas por docenas, escucho música, y escribo. Contame de

vos y de los amigos rosarinos. Te mando un abrazo, y besos a Judith y Emilia.

C.»

Respondí, a las 17:15, a través de un audio de casi veinte minutos que adjunté a un e-mail. Transcribo el comienzo: «Hola, César. Qué bueno tener noticias tuyas. Te va a parecer una exageración, o tal vez no, pero creo que no pasa un día en el que no piense o converse sobre vos con alguien. Hasta te usé para dar clases, que no lo hacía desde comienzos de los noventa. Estuve dictando por Zoom un seminario sobre Literatura y Arte Contemporáneo y leímos *Cumpleaños*. Qué novela magnífica, de las mejores. Espero que no te hinche que responda por este medio. Desde comienzos de la pandemia me aficioné al intercambio de audios largos, pueden durar hasta treinta minutos, tengo varios interlocutores que me siguen la corriente. El primer confinamiento me dejó ágrafo, solo escribo mensajes protocolares. Si de verdad estoy interesado en lo que voy a decir, o en el interlocutor al que quiero acercarme, entonces grabo un audio. A las llamadas, con o sin video, les tengo fobia; salvo que sean de Judith o Emilia, jamás las atiendo. Los audios son como fragmentos de diario o como cartas en los que entra cualquier cosa. Hay inmediatez y proximidad, pero también distancia, se ve que eso es lo que me va. Saccomanno, que es uno de los que se entusiasmó con el juego, los llama “monólogos compartidos” y está bien. (De los míos dice que son “*stand up* literarios”, también me gusta. Cada vez me identifico más con la figura

del comediante). A veces la deriva se vuelve tan imprevisible y sinuosa que parece que uno estuviera en análisis. Los audios confesionales son mis preferidos, sobre todo cuando me toca escuchar. La culpa de que me haya enciado la tiene Nora. Apenas comenzó el confinamiento, yo le mandaba audios que ella escuchaba durante sus caminatas diarias por la terraza. Agradecía que fueran largos y entretenidos. Un día me mandó por WhatsApp la foto de una entrada de su diario en la que había anotado: “Alberto es excelente hablando en audios”. Me sentí Gardel. Dije: “Esto es lo mío”, y aquí estoy. Si hasta fantaseé con armar un libro coral a partir de la desgrabación de los audios que intercambiamos con mis amigos durante un fin de semana, uno elegido al azar. Ese iba a ser nuestro diario del encierro. Ya tenía el título y me encantaba: “Borrá esos audios”, como “Quemá esas cartas”. Después me di cuenta de que iba a tener que trabajar mucho para mantener la sensación de oralidad en las transcripciones y, perezoso como soy, desistí».

A las 21:08, un segundo e-mail con la respuesta de César (la agrego al archivo de las invitaciones declinadas):

«Querido Alberto,

recibí tu mensaje y pude oírlo perfectamente. Comprendo el gusto por los audios, pero no lo comparto. Yo jamás podría hacerlo. Pienso que se necesita mucha presencia de ánimo para ponerse a hablar solo delante de un teléfono. Pero me alegra que estés bien,

y que no compartas mi pesimismo. Te mando un abrazo, y besos a Judith y Emilita.

C.»

19 de septiembre

«BUENO, DALE»

Viernes 18 de septiembre, 15:56. Mensaje de audio de Martha:

«Hola, Alberto... Qué lindo que volvamos a hablar de papá... Después de la última vez que charlamos, un silencio desolador, sin saber bien dónde ubicar a papá. Y ahora que me mandás esta crítica de tu libro, siento que nuevamente puedo decir: “papá está... acá”. No sé qué es el acá, pero lo puedo ubicar internamente. Tenés la... a ver, ¿cómo se diría? Hacés que papá, como las estaciones del año, viste, donde las plantas mueren, vuelven a nacer, mueren, vuelven a nacer... Vos hacés que papá también transite como las estaciones del año. Qué lindo poder hacerlo. Me encantó la crítica que te hicieron; supongo que debés estar recontento. Describe así, creo, tal cual lo que vos quisiste transmitir.

Y hablando, viste, de las energías, de las casualidades, aunque no lo quieras creer, Alberto, anoche soñé con papá. Que no sueño jamás... Cortito te digo el sueño: papá estaba exactamente con la edad que tenía antes del ACV y yo con la edad que tengo ahora. Nos habían invitado, no a papá, a mis amigas y a mí, a

un cumpleaños. Bueno, estábamos en el cumpleaños y, cuando ya nos íbamos, en la mesa de adelante, de golpe, aparece sentado papá. Con la chomba bordó y el pantalón, viste, ese clarito que tenía. Y entonces le digo: “Papi, ¿qué hacés acá?” Y me dice: “Las vine a buscar para llevarlas a sus casas”. Y le digo: “No, papi, si nos podemos ir solas”. “No, dice, cómo se iban a ir solas, las llevo”. Y entonces digo: “Bueno, dale”. Y nos fuimos a despedir del señor que nos había invitado a la fiesta. Y bueno, ahí es como que termina el sueño. Y ahora a la mañana, cuando me levanto, y veo que vos me mandás el mail sobre el libro este de papá... ah, digo, no, no... Es la causalidad, es la energía. Porque, digo, “no, no puedo creer que justo...”. Porque yo te digo, yo no sueño jamás con papá. Que sí me acuerdo, lo pienso, todo eso sí, pero soñar... no, la verdad que nunca. Y tener el sueño así, tan clarito, y papá, la imagen de papá tan clarita, así, como antes del ACV, estaba rebien y con la ropa que él se sabía poner... Qué increíble. Así que seguimos hablando de energías y de causalidades. Un besito y, bueno, seguimos en contacto».

23 de octubre

FRAGMENTO DE UNA CORRESPONDENCIA II

«Querido Alberto,

Te vi en la Eñe, felicitaciones. Y quiero leer ese tercer diario. Decile a los Iván Rosados que me manden

un ejemplar. Estoy escribiendo una novela para ellos. Una novela sobre Picasso porque vi que están copados con el arte. Voy muy poco a poco, a paso de tortuga, y me doy cuenta del motivo: es por no poder ir a escribir a los bares. Cuando iba al bar sacaba la libreta, la lapicera y me ponía a escribir, y si me quedaba una hora, escribía durante una hora porque no tenía otra cosa que hacer ahí, como no fuera papar moscas de vez en cuando. En cambio en casa si me pongo a escribir, a los diez minutos (qué digo diez: a los cinco) me dan ganas de mirar algo en YouTube, cambiar la música, seguir leyendo el libro que estoy leyendo, hojear una *Artforum* vieja, salir al balcón... En fin, sea como sea calculo que para fin de año va a estar lista. Y que me manden tu libro.

Besos a Judith y Emilia, y un abrazo para vos.

C.»

Viernes 30 de octubre

FRAGMENTOS DE UNA CORRESPONDENCIA III

«Caro Beбето,

ayer me llegó tu libro y desde ayer lo estoy leyendo, con placer. Y con un poco de culpa porque mi norma es no empezar un libro hasta haber terminado otro, y tengo sin terminar una biografía de Breton; la excusa es que es larguísima, como suelen serlo las biografías.

Gracias por las flores que me tirás con tanto cariño. Un abrazo. C.»

Nota 1: En una entrada de *Tiempo de más* registro la alegría que me dio saber que, en Brasil, «Bebeto» es un apodo cariñoso que se les da a los Alberto. Desde que lo posteé, Antonio me llama de esa manera. Todos sus mensajes de audio comienzan «Bon día, Bebeo».

Nota 2: Me enternezco cuando alguien usa expresiones que se grabaron en mi memoria con la voz de mamá, como «tirar flores» por «elogiar». Me devuelven de inmediato a mi infancia en Rufino. Son frecuentes en el habla de César, tal vez porque también se crió en un pueblo. Una vez, a propósito del viaje que hicimos juntos a Lima, recordó que yo le había dado mucho trabajo.

11 de noviembre

EL PERSONAJE ALEJANDRINO

Con la excusa de que varias estudiantes eligieron como tema de examen los *Diarios* de Pizarnik y notaron que dejé algunas cuestiones sin desarrollar, decidí grabar mañana unas «Apostillas a las clases sobre diarios escritores» para subir luego al canal de Youtube de nuestra materia. Pero la verdad de la milanesa, como decía papá, es que extraño mis días de youtuber crepuscular, contar con una audiencia múltiple y heterogénea a la hora de montar el espectáculo de las clases virtuales. El ingreso a los teóricos de mi materia fue libre durante todo el año, y nunca faltaron curiosos de distinta

procedencia o pelaje. Si este fuera el diario de un profesor ansioso, parodiando a Pizarnik podría anotar: «Acaricié el sueño de vivir sin dar clases por Zoom. El fin consistía en trasmutar mis pensamientos en ensayos, no en divulgarlos inmediatamente. Pero me asfixio y a la vez me marea el espacio infinito del vivir sin el límite de la grabación semanal».

22 de noviembre

FRAGMENTOS DE UNA ENTREVISTA

Mercedes Halfon: ¿Antes de trabajar como investigador en escrituras íntimas habías llevado un diario? ¿O los textos de *El tiempo de la convalecencia* fueron los primeros?

AG. El único experimento diarístico anterior al de Facebook lo realicé en la adolescencia, en mis tiempos de ajedrecista. En cuadernos Rivadavia de tapa dura, casi todas las noches, anotaba y comentaba las partidas que había jugado en la jornada, las amistosas (en el Club Rosarino) o las de los torneos. Cuando algún compañero me preguntaba por qué lo hacía, apelaba a lo que los especialistas en diarios llaman «coartada pedagógica»: el registro y el autoexamen podrían contribuir a mis aprendizajes. En verdad jugaba al autobiógrafo para usar mi vida como materia de un libro imaginario.

[...]

MH. Yendo hacia *Volver a donde nunca estuve*. ¿Cómo surge el deseo de escribir un libro sobre tu padre? ¿Es parte de una serie que estaba en los diarios, que cobró espesor?

AG. Antes de volverse propia, la idea de un libro compuesto a partir de las entradas sobre mi papá y su mundo fue de Alfonso Mallo, un amigo escritor radicado en Santiago de Chile. Contra mi escepticismo, fue él quién entrevistó ese libro autónomo y obró en consecuencia. Armó secuencias y constelaciones que yo no hubiera podido imaginar. Aunque figura como editor, Alfonso es el coautor del «libro de Aldo» (como lo llamamos entre nosotros). Durante un tiempo me resistí a aceptar que el proyecto fuera literariamente viable, pero apenas él anunció su propósito de ensayar algunas combinaciones, yo respondí con una proliferación de nuevas entradas filiales. Para garantizar la autonomía del conjunto, y favorecer la plasticidad del montaje, Alfonso suprimió los títulos y las referencias diarísticas. Después yo practiqué algunas reescrituras circunstanciales.

Hacia fines de 2001, mi papá sufrió un derrame cerebral que lo dejó afásico y le paralizó la mitad izquierda del cuerpo. Hasta ese momento había sido un hombre vigoroso y carismático, un verdadero mito familiar. Ya en 2004, después de leer *Íntima* de Roberto Appratto y *Patrimonio* de Philip Roth, comencé a fantasear con la idea de escribir una narración sobre los días previos al accidente, sobre los viajes, la música y el cine que compartimos. Sin la intervención de Alfonso, tal vez nunca hubiera existido un libro sobre mi papá.

MH. Me preguntaba por los efectos que la escritura de este libro tuvo sobre tu vida y el recuerdo de tu padre. ¿Escribir sobre la vida tiene efectos sobre ella?

AG. Hace un par de meses volví a análisis por un rato, para destrabar un dilema puntual. Aunque no venía al caso, me encontré narrando la historia de papá, pero esta vez con los tonos de la comedia sentimental, ya no con los del melodrama. Cuando le conté a Alfonso lo curiosas que me habían resultado esas sesiones, aunque los temas eran los de siempre, descubrió la razón enseguida: «Ahora, cuando hablás de tu papá, hablás de Aldo, el personaje del libro. El tono de la rememoración, el que lo hace revivir, es el de tu escritura». Joseph Conrad escribió que «los muertos solo pueden vivir con la intensidad y calidad de vida que le prestan los vivos». No sé qué pensaría papá de su metamorfosis en personaje, seguro tendría mucho para agregar y bastante para corregir.

5 de enero

SOUL TRAIN

Hacia fines de marzo, cuando se anunció la inopinada cuarentena rígida, decidí que para preservar mi salud física y mental no debía interrumpir las caminatas diarias de cinco o seis kilómetros. Durante un par de semanas, las hice dentro de casa, a toda marcha, invadiendo todos los espacios, chomba, boxer de poplín y zapatillas. Judith y Emilia lo recuerdan con espanto. Por suerte hace tiempo aprendí a confiar en mi buen criterio, y a interrogar la razón de Estado cualquiera sea su signo, así que, a partir de la tercera semana, retomé las caminatas por las calles de mi barrio aunque estuvieran prohibidas (para disimular la transgresión, me cuidaba de llevar siempre una bolsa de los mandados con algunas botellas vacías). Si no tocaba nada durante el trayecto, ni me detenía a conversar con nadie, ¿cómo me iba a contagiar?

Las dos semanas de caminata *indoor* (a veces ocho kilómetros) fueron penosas. Sin el auxilio de Spotify, no lo hubiera logrado. Entre las canciones que me impulsaban y me sostenían, estaba la versión de «Your song» que grabó Billy Paul. La recuerdo como la segunda o tercera de un *top ten* encabezado por «Love to hate you», el clásico de Erasure.

5 de febrero

AL MARGEN DE *LA PREPARACIÓN DE LA
AVENTURA AMOROSA*, DE FRANCISCO BITAR

Jamás sabré por qué, si tanto me gustaba enamorarme, ir entrando despacio en el mundo de una mujer hasta sentirme perdido, nunca me volvió a pasar con otra después de Judith. Se diría que renuncié, que renunció cada día, a ponerme de nuevo frente a eso que Bitar designa con palabras justas: «la posibilidad». La renuncia, en caso de que se trate de tal cosa, no ha sido programática, ni siquiera deliberada. Nunca tuve que resistirme a una auténtica tentación. No hubiese podido hacerlo, dado lo enclenque de mi voluntad. Si me hubiera sentido tentado, esa habría sido la señal de que el horizonte de lo posible ya se había abierto a mis espaldas, para mi dicha o mi perdición. A ese repliegue que dura o insiste desde hace treinta años, y que no sé si llamar «renuncia», «deserción» o «retirada», atribuyo mi fantasear obcecado con el retorno inminente de la esposa a la condición de amante clandestina. A veces sobreviene, me deja estupefacto, y no siempre es necesario que Judith esté presente. Puede suceder mientras converso con un amigo. En esto sí hay premeditación y acción programática, pero si solo dependiera de mi voluntad, con lo caprichosa e inconstante que puede ser, la anhelada transformación difícilmente ocurriría.

9 de febrero

LET'S DANCE

Entre los buenos libros de prosa fragmentaria que se publicaron el año pasado en Argentina está *Apuntes de clases* de Natalia Pérez. El propósito de este posteo no es, sin embargo, reseñar y elogiar sus virtudes, sino contar una anécdota y aceptar públicamente un desafío que me arrojó la autora.

Comienzo con la anécdota. Hace algunas semanas, Cecilia, mi profesora de gimnasia, se sorprendió al descubrir que yo era el autor de la contratapa del libro de Natalia. Creí entender que la halagaba contar, entre sus esforzados practicantes, con un escritor. Promediando la segunda rutina de ejercicios con «los pliegues y espirales del cuerpo», advertí el verdadero motivo de su asombro: ¿cómo pudo haber quedado en manos de semejante muñeco de madera la presentación de un libro destinado a celebrar la flexibilidad corporal y los movimientos sutiles?

En la dedicatoria autografiada de mi ejemplar, Natalia anunció: «Se viene mi influencia para que despliegues al bailarín que hay en vos». ¿Cómo tomarlo: como augurio o como amenaza? Por no saber a qué atenerme, y para que la llegada de la susodicha «influencia» no me agarre desprevenido, hoy comencé a observarme durante mis raptos dancarines solitarios y a registrar algunas conclusiones. Primera: bailo mejor descalzo que con zapatillas pero, si también comprometo los brazos, se me aparece la imagen de Olmedo cuando entraba a escena bailando en el *sketch* de «Borges y

Álvarez», y el entusiasmo cesa. Segunda: bailo mucho mejor sentado que parado. Al no tener que ocuparme de las piernas, puedo proyectar los brazos en múltiples direcciones, dejando que realicen las más diversas figuras (en un espectro amplio que va del entusiasmo murguero a la estilización del *vogue*). En una fiesta de lisiados, no desentonaría.

17 de febrero

HABLO A LAS PAREDES

Ayer asistí vía Zoom a una conferencia sobre Políticas de la Literatura dictada por un colega español. Además de entretenida, la exposición fue consistente, el colega conocía de primera mano las referencias teóricas en las que se apoyaba, y sin embargo no me convenció. Más bien sirvió para que se reanimaran las perplejidades y el fastidio que me provocan los académicos cuando confunden política con moral y le atribuyen a la literatura improbables funciones emancipadoras —solo verificables en y por el discurso de la crítica progresista— con el propósito indirecto de legitimar su propia labor profesional. Dicen que la literatura *da a ver* lo escamoteado por las ideologías o que resiste a la captura de los discursos de poder, para provocar la sugestión del intelectual comprometido que exalta el valor de esas disidencias. No digo que lo hagan a propósito, yo mismo practiqué esos malabares durante años convencido de que obraba con espíritu crítico, pero noto que no se escuchan mientras exponen, que no interrogan con saludable escepticismo las propias condiciones

de enunciación y que sobre ese desconocimiento se erige la figura de un farsante pretensioso. Reducidos a tema de disertación o investigación universitaria —formateados por, y sujetos a, criterios burocráticos de producción y evaluación— los poderes disidentes de la literatura son poco más que una contraseña entre entendidos que se autoperciben contestatarios. Para que una exposición sobre el valor de la resistencia suene auténtica, su forma tiene que resistir a los protocolos del discurso académico y a la seducción de las proclamas morales. El expositor debería arriesgarse al equívoco y al malentendido, actuar y no solo predicar el desprendimiento o la disrupción.

El especialista en políticas de la literatura, si está actualizado, parte de una convicción certera: la antinomia entre acontecimiento intempestivo y saber estabilizador. Según él, las escrituras actuarían políticamente cuando manifiestan las fuerzas desestabilizadoras de lo inaudito (de lo que no se esperaba o no se quería oír). El problema con los especialistas es que solo se llevan bien con la inestabilidad y lo incierto si, al predicar sobre esos valores, se mantienen en su lugar y en riguroso equilibrio. Por eso, cuando meten mano en algún corpus, someten la literatura al saber (biopolítico, postautonomista, con perspectiva de género), y si pueden probar que un texto aprendió la lección, es decir, se convirtió en ejemplo elocuente, declaran de inmediato su eficacia política, como si le estuvieran poniendo un sello de calidad. Fuera de la universidad ese sello no cotiza nada, algo, a veces, en una gaceti-lla de prensa, o en alguna reseña pretenciosa.

23 de febrero

VIDA Y LITERATURA

En viaje fugaz a Buenos Aires para encontrarme con Jorge. Es el primero después de un año. Voy leyendo *Mirarse de frente* y, de pronto, Vivian Gornick comenta el propósito de este viaje: «Nada me hace sentir más viva, y más en este mundo, que el sonido de mi mente dándole a los engranajes en presencia de alguien que es receptivo».

24 de febrero

YO TAMBIÉN FUI UNA CHICA ABANDONADA

La semana pasada me colé por Zoom en el taller de escritura que coordina Pilar para conversar con sus jóvenes asistentes sobre literatura e infancia: por qué la forma del recuerdo es la más propicia para suscitar la «resurrección poética» de un pasado misterioso que no termina de ocurrir. Leí y comenté el fragmento de *Volver a donde nunca estuve* en el que revivo las sensaciones de orfandad y abandono que me inmovilizaron después de la separación de mis padres y cómo fueron mutando esos sentimientos tristes en direcciones imprevistas, a mis veinte y a mis cincuenta años. El laborioso pasaje del melodrama familiar a la comedia de costumbres.

En estas conversaciones sobre los intercambios entre literatura y vida, no es raro ceder a la tentación de poner en juego las experiencias personales, a modo de ejemplo suplementario o de caso que todavía reclama algún tipo de resolución. Una chica cordobesa contó que a ella le había ocurrido

lo mismo que a mí: a sus once años, el padre los había abandonado para huir con una mujer intrigante e irresistible, sin dar demasiadas explicaciones ni hacerse cargo de los daños causados. Ahora, cuando ella quiere conversar del asunto para escuchar otra versión de la ruptura, acaso menos brutal y dañina, el padre enmudece, no sabe qué decir. Para colmo, somatiza: la demanda filial le provoca otitis, cuando no trastornos gástricos.

Después intervino otra chica con una historia familiar semejante: padres impotentes que eligen declararse culpables con tal de no asumir responsabilidades, como si para una hija no fuera más tranquilizador saber algo de lo que movía al padre cuando decidió irse.

Yo había comenzado mi exposición con dos citas que al resonar despliegan una paradoja. «Uno nunca se recupera de la infancia», dice Michael Holroyd. «La infancia es impredecible», dice un proverbio armenio. De la infancia se sale herido y esas heridas acaso sean indelebles; pero la infancia es menos una etapa concluida que un proceso en devenir, sujeto al influjo de distintos factores. Di un ejemplo: el niño abandonado que yo seguía siendo a mis veinte años no sabía en qué se iba a convertir su desolación infantil cuando la recordara y escribiera a los cincuenta, después del nacimiento de su hija y de la muerte de su padre. Las chicas parecieron entender, pero la comprensión volvió más apremiante sus inquietudes: ¿qué hacer hoy, qué ir haciendo con las heridas abiertas mientras confiamos en que alguna transformación

ocurrirá?, ¿cómo empezar a desprenderse del personaje de la «abandonada», o a reescribir su guion, para que duela menos? Recuerdo poco de lo no mucho que respondí. Quizá algo sobre los riesgos de asumir mandatos impracticables, como ese que prescribe reconciliarse piadosamente por la vía de la comprensión para poder pasar a otra cosa. De un padre que dañó en lugar de proteger, por indiferencia, egoísmo o cobardía, no conviene conceder que «hizo lo que mejor pudo». Es verdad que para trascender el resentimiento hay que aceptar lo que ocurrió, pero nadie sabe cómo hasta que descubre que ya lo hizo, que el guion cambió de tono. Los estoicos de Deleuze hablaban de «querer el acontecimiento»; yo diría que es preciso reconocer el sinsentido de la existencia, y jugar también con sus cartas, para aprender a sobrevivir activamente.

5 de marzo

LA PREPARACIÓN DEL RETRATO

En 2019, cuando presentamos *El tiempo de la improvisación* en Santa Fe, Francisco Bitar me propuso escribir un retrato de Juan Ritvo para publicarlo en la colección Vida Bandida (Vera Editorial Cartonera), de la que es director. Acepté entusiasmado, pero igual le advertí que, si en algún momento el proyecto se me convertía en una obligación, seguramente elegiría abandonarlo. Vivo en la ilusión de volver a escribir metódicamente porque sí, casi sin compromisos, como cuando llevaba un diario en Facebook.

Una cuestión: ¿podré sostener, sin ser yo mismo tema o pretexto, un programa de escritura a mediano plazo? «Mediano plazo» significa para mí, en estos tiempos, la condición de cualquier proyecto que no pueda realizarse el mismo día en que se lo concibe. Otra cuestión: el retrato de Juan tendrá que ser una cristalización circunstancial del devenir de su vida tal como yo la imagino, el relato de algunas escenas y episodios que servirán para figurar sus rasgos (en ningún caso recurriré a los procedimientos del ensayo crítico, no habrá comentario de la obra, solo presentación indirecta).

Cuando lo conocí en 1982, Juan tenía cuarenta y un años. Tal como lo recuerdo, ya era un psicoanalista prestigioso, aunque había comenzado a ejercer solo tres años antes; un ensayista consumado, aunque solo había publicado dos libritos y un folleto, y una especie de sabio cimarrón, capaz de mezclar referencias múltiples y heterogéneas con un rigor y una plasticidad admirables.

De llevarlo a cabo, compondría el retrato del joven Ritvo, el de los años en Santa Fe y la primera década en Rosario, para mostrar algunas pistas de cómo fue que se convirtió en quien ya era cuando lo conocí: un psicoanalista demasiado filosófico como para no resultar perturbador, un profesor de filosofía anómalo, fascinado por la literatura, un Merleau-Ponty litoraleño, un Benjamin barrial.

El domingo pasado comencé a entrevistarlo. Siempre la misma alegría al estar en la enorme casa-biblioteca de Juan, la misma sensación dichosa de mundos por explorar. Descubrí

que no sabía casi nada de sus primeros cuarenta años de vida y esa revelación me exaltó. Intuía bastante del vínculo con el padre, Miguel Ritvo, escribano, periodista, dirigente sindical y legislador peronista, pero desconocía todo de la importancia que tuvo la madre en la formación artística y la educación sentimental de mi personaje. Mañana nos volvemos a reunir.

9 de marzo

EL PODER DE LA RAZÓN

La primera vez que tuve que someterme a una cirugía bucal —una dificultosa elevación del seno maxilar previa a dos implantes—, estaba deprimido. Fue como tener que cruzar una laguna a nado con cuarenta grados de fiebre. La previa resultó lo más angustiante porque a mi estado se le agregaba el desgaste psíquico que me produjeron las abrumadoras precauciones que había tomado el obsesivo doctor T., todos cuidados contraproducentes.

Ya en casa, frente al televisor y al cuarto kilo de helado (era lo único que podía cenar), de pronto me sentí tan bien que creí que la depresión se había esfumado. Supuse que haber podido atravesar un problema «real» con éxito me había liberado de la angustia y las ataduras melancólicas. Recuerdo que se lo comenté a Judith y enfatiqué la diferencia entre lo «real» físico, con lo que acababa de confrontarme, y la cárcel «fantasmática». Soy bueno exponiendo diferencias.

A la mañana siguiente, un par de segundos después de despertar, advertí que seguía en el infierno. El recuerdo

sobrevino con la fuerza de un derrumbe cósmico gracias a la interrupción del sueño, que obró a la manera de una trampa mortal.

10 de marzo

UNA IDEA GENIAL

Un viernes a la noche de septiembre u octubre de 1978, nos juntamos en el departamento de Irene a escuchar música y a conversar. Casi todos éramos compañeros de la facultad, segundo año de Letras. Estarían Carlos, Luis, Estela... Y Susana. La recuerdo bien porque todavía seguía enamorado de ella y buscaba llamar su atención o mantenerme en su proximidad. En la adolescencia había descubierto que las mujeres atractivas envuelven mundos misteriosos y que la vida mejora si los podemos frecuentar.

La noche pasó volando y la primera que anunció la partida fue Susana. Para retenerla un momento se me ocurrió una idea genial. Mientras ella comenzaba la ronda de las despedidas, como quien no quiere la cosa, puse la primera pista de uno de los discos que había llevado, *Adiós Nonino*, de Piazzola con el quinteto de 1968. Cuando empezó a sonar el largo preludio de piano solo, noté que Susana paraba la oreja y se demoraba más de lo habitual en cada saludo. Después del último acorde del piano de Amicarelli, entró brioso el fraseo de Astor, y enseguida se sumaron los otros músicos, Agri, López Ruiz y Kicho Díaz: el cuerpo de Susana quedó inmovilizado por el impacto. Se dejó estar varios minutos,

visiblemente emocionada. Hasta tuvimos tiempo de intercambiar miradas de gozo y complicidad.

¿Cómo no iba estar enamorado de Susana, a mis diecinueve años, si ella era una chica capaz de dejarse afectar de ese modo extático por la música de Piazzola? ¿Cómo no amar, desde siempre, una música como esa, capaz de hacerme instantáneamente feliz y de tender puentes de intimidad con mis otros amores?

10 de marzo

PREPÁRENSE

Una vez papá anduvo por Rosario y almorzamos en lo de mamá viendo el programa de Mirtha Legrand. Justo estaban invitados Piazzola y Eladia Blázquez. Ella contó que le pensaba poner letra a «Invierno porteño» (no parecía una buena idea y, a juzgar por el resultado, no lo fue). Piazzola acotó que a ella sí le permitía esas iniciativas, dando a entender que no a cualquiera. Papá se exaltó con la reserva: «a ella sí», y subrayó lo obvio: «no a cualquier gilastrún». El tono original no estaba tan cargado, pero papá repuso el gesto camorrero habitual en otras intervenciones televisivas de Piazzolla. Los piazzoleros de la primera hora, fue el caso de papá, nunca pusieron las armas, nunca se bajaron de los ring juveniles en los que sostuvieron tantas peleas contra los tradicionalistas, ni siquiera cuando quedó claro que ya habían ganado por nocaut. Acaso las pasiones de la juventud sea inextinguibles, al menos para quienes consiguen llevar una vida digna. Los

de la primera hora fueron para siempre, como se dice de algunos lacaneanos o de algunos neobarrocos, «piazzeros de combate».

11 de marzo

«PERDONEN MUCHACHOS, LES VOY A CONTAR»

Días atrás recibí un mensaje de audio desde Copenhague en el que Darío, citando a Cueto, me hacía esta precisión catastral: el barrio del Abasto termina en la avenida San Martín; cruzando ese límite comienza la «gloriosa» República de la Sexta. Así me vine a enterar que, cuando posteo fotos tomadas al paso, lo que llamo «mi barrio» para nombrar las veinte cuadras que camino cada mañana entre mi casa y mi estudio y poder citar a veces el «Nocturno» de Troilo («Mi barrio era así, así, así...»), en realidad son dos. Vivo en el Abasto; trabajo, es un decir, en la República de la Sexta.

Hace un rato venía caminando por Juan Manuel de Rosas —es mi preferida para ir desde Viamonte hacia Pasco o Cochabamba—, y en la esquina de Cerrito comenzó a sonar en los auriculares una versión de «María va» cantada por Luis Filipelli, con acompañamiento en los coros, y breve recitado, del compositor, Antonio Tarragó Ros. La canción es bella, la perfección amable de la voz de Filipelli encarece sus virtudes, la escucha se sobresalta cuando Tarragó agradece la «parse-ría» y sobreactúa un poco la emoción. Tal vez en otra mañana impasible esa interferencia me hubiera incomodado, pero en esta, cruzando Cerrito hacia Ituzaingo por Juan Manuel

de Rosas, hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Pensé en papá, que hoy estaría celebrando conmigo el centenario del nacimiento de Piazzola, como otros la obtención de un campeonato; en papá, que la primera vez que viajé al campo en Burreyacu me reveló los encantos de la voz de Filipelli, el ahijado artístico del Polaco Goyeneche que acababa de grabar su primer LP. Filipelli, me instruía papá allá por 1978, se había apropiado del repertorio que el Polaco ya no podía cantar para recrearlo con un lirismo impecable. Esa vez escuchamos las versiones de «Contramarcha» y «Flor de lino».

Decía entonces que esta mañana caminé con los ojos llorosos por Juan Manuel de Rosas, entre Cerrito e Ituzaingo, añorando a papá, lamentando que no hubiera llegado a escuchar el último disco de Filipelli en el que está la versión de «María va», junto con otras joyas como «El último farol», «Cantor de mi barrio» o «La mesa de un café». A papá, el recitado final de Tarragó lo hubiera conmovido sin reservas: «Gracias, admirado Luis Filipelli, por abrazarnos en esta canción que tanto amo».

Decía entonces, y con esto voy terminando, que hace un rato caminaba por Juan Manuel de Rosas acongojado hasta que, casi llegando a Ituzaingo, de ese trance me rescató la visión de un cartel, *Trinche Bikes*, y la ocurrencia instantánea de fotografiarlo para enviarle la imagen a Hugo, mi amigo chileno. Hugo profesa el mito charrúa del Trinche Carlovich, por amor al fútbol y a sus mitologías, ya que nunca lo vio jugar. Le llegaron las mentas de otros *cracks* que sí

triunfaron, como Menotti, Valdano y Bielsa. Venciendo mi timidez y embarbujado, les pedí permiso a dos muchachos que estaban en la puerta de la bicicletería para sacar la foto y les conté de Hugo. «Qué voz de locutor», me dijo el de la musculosa. Cuando estoy entre jóvenes y ronda el fantasma de papá, la voz me sale así. La foto también salió bien. La voy a publicar en Instagram, que es la red que usan los jóvenes, y los voy a etiquetar a todos, incluso a Cueto, baluarte letrado de la República de la Sexta, que sí vio jugar al Trinche y hasta le dedicó un poema de los suyos —minga de sentimentalismo— cuando murió trágicamente el año pasado.

14 de marzo

BACKSTAGE

Invité a Jorge a instalarse unos días en la «quinta», como la llama él, a que hiciera de dueño de casa, así yo podía pasar a visitarlo en cualquier momento, en caso de que tuviera ganas o necesidad de conversar. Fueron días felices. Charlamos, comimos, hicimos un par de caminatas. Judith se dio el gusto de cenar dos veces en el jardín, cosa a la que me resisto cuando nosotros somos los anfitriones. Una noche vimos en Netflix una película aburrida, pero igual nos gustó. Las circunstancias prevalecieron sobre el juicio: la coexistencia efímera de lo habitual con lo infrecuente. Nunca antes habíamos compartido con Jorge un par de horas en silencio.

También nos sacamos fotos. Mi favorita es una que pergeñé en mi estudio: la quise irónica, la proyecté al detalle.

¿Valdrá como ejemplo de performance conceptual? Cuando la publiqué en Facebook bajo el título *In treatment*, tuvo gran aceptación. Yo aparezco a la derecha, recostado sobre una reposera, en pose de paciente atribulado. A la izquierda, Jorge, en un sillón de hierro antiguo, con lentes y barbijo, toma parte de analista atento. Estamos en el jardín, sobre el césped, detrás se ve la pileta. Los dos con chomba y short de baño. Para reforzar el efecto de realidad, le pedí a Jorge que apareciera con un cuaderno entre las manos, tomando apuntes. Concienzudo como es, en vez de trazar un garabato, escribió dos líneas alusivas en el ángulo superior izquierdo de una página par: «Albertito Giordano / mi paciente favorito». Es el cuaderno que estoy usando ahora para preparar el curso sobre Barthes y la escritura del duelo.

15 de marzo

LEO PORQUE OLVIDO

Después de mucho tiempo, ¿veinte años?, volví a leer *Fragments de un discurso amoroso*. No me produjo la misma sugestión que las primeras veces, aunque de tanto en tanto subrayé observaciones memorables. Recordaba bien las especulaciones sobre la espera, sobre la escena en la que se intercambian reproches (es tan interminable como el lenguaje, si lo sabré) y, en el fragmento sobre la inclinación a sentirse abandonado cuando el otro está ausente, esta digresión: «(X... me decía que el amor lo había protegido de la mundanidad: camarillas, ambiciones, promociones, tretas,

alianzas, escisiones, funciones, poderes: el amor había hecho de él un desecho social, de lo que se regocijaba)». Recordaba bien este paréntesis, pero en mi memoria, de lo que X... había quedado a salvo gracias al amor era del vértigo que provoca el deseo de conquista, la gimnasia de la seducción y el cortejo en varios trampolines simultáneos, los rigores de la doble vida. La memoria retuvo lo esencial pero alteró las circunstancias, las dos cosas por la vía de la identificación.

16 de marzo

MIS DOS MUNDOS

Los miércoles y los viernes hago gimnasia bajo la tutela de Cecilia (alineamiento, elongación y tonificación muscular). Hace un mes agregué una sesión de masajes, los lunes, en manos de Rocío. Rocío practica técnicas que imagino deben ser muy eficaces para quienes están en condiciones de dejarse afectar por su dinámica. Las llama «toques». La palabra me encanta, forma parte de una constelación que parece salida de un ensayo de Barthes, en la que también flotan «sutileza», «pliegue» y «dinamismo sereno». Anoche estuve a punto de comentarle a Rocío las semejanzas entre el ejercicio del ensayo «patético» y el arte del masaje Abhyanga-Yoga, pero me contuve. La imagen del «tronco parlante» se impuso y me abochornó.

Igual que Cecilia, Rocío está impresionada por el carácter irreductible, infinitamente renovable de la tensión que habita mi cuerpo (las dos me lo hacen notar con delicadeza,

casi sin palabras). Hasta para dejarme estar, primero me tensiono. Sé, y me regocijo con la idea, que el masaje ayurvédico propende al encuentro consigo mismo bajo la forma de un estar en el cuerpo, disponible para la movilidad y el intercambio generoso. La condición parece sencilla, pensar en nada mientras el movimiento sucede. Me temo que nunca podré alcanzarla. Durante la sesión de ayer, mantuve más o menos bien el ritmo respiratorio, pero casi en ningún momento dejé de preparar mentalmente el curso que comienza el martes próximo y hasta se me ocurrió el tema de este posteo. Para ser preciso, la idea me sobrevino a partir de un incidente en el que se reveló —sucede a cada rato— aquello del poema más citado de Viel Temperley: para cada quien, el propio cuerpo es un desconocido. En mi caso se trata de un aparatoso abismo entre conciencia y motricidad. Acostado boca arriba, con los brazos paralelos al torso y las manos para abajo, oí la indicación de Rocío: «poné las palmas para arriba». Había que girar las muñecas, pero, por motivos que ignoro, levanté los brazos y proyecté las palmas hacia el techo, como si fuera a bailar o me estuvieran asaltando.

19 de marzo

POSE

Ayer Leandro se recibió de Licenciado en Letras con una tesina sobre las formas del ensayo en Barthes y Borges que tuve la alegría de dirigir. En nuestro oficio, la alegría es algo que aparece y nos estimula cuando sentimos que «las

cosas se mueven» en la dirección de un saber que no prescindirá de lo sensible y lo idiosincrásico. Las «cosas» son la escritura y el pensamiento, y no adquieren dinamismo hasta que las fricciones entre una trama conceptual y un cuerpo las tensionan. Me satisfizo tanto el io que recibió el trabajo de Lean, como que él haya obtenido un título académico que anhelaba, pero la alegría, que es soberana porque no depende de los resultados ni del juicio ajeno, venía de antes. En algún momento incierto que cada uno recordará a su antojo, el tesista devino colega y compañero de ruta: otro ensayista-crítico interesado en especular sobre las condiciones y los límites de su oficio, y sobre su problemática inscripción institucional (¿podemos enseñar e investigar ensayísticamente?, ¿hay otros modos eficaces de hacerlo?). En el curso que comienzo a dictar el martes próximo, el capítulo de la tesina de Leandro sobre *La cámara lúcida* formará parte de la bibliografía.

Lean es larguero. Alguien dirá «tiene a quien salir», como si con un director también se establecieran vínculos filiales. La boca se le haga a un lado. La exuberancia verbal del nuevo licenciado tiene otras fuentes, menos obsesivas que las mías. No es que las reconozca, pero las intuyo. En la siesta de ayer, la de los preparativos, Lean me anticipó que su exposición sería breve: unos diez minutos le alcanzarían para relatar el proceso de investigación y escritura. Ya en el escenario («¡*And the category is... thesist!*!»), se tomó cuarenta. Fue una suerte, porque tenía mucho para contar: todo lo que hizo y le

ocurrió en tan solo cuatro años, los dones y los intercambios, los trabajos y las diversiones. Las charlas en Laurak y La Sede, los cursos y los coloquios, las publicaciones, los viajes, y lo que se hace a solas: leer y escribir.

Lean viene de la música y de la traducción. Estoy convencido de que su trabajo de estos años se benefició mucho de esa doble extranjería. En el ensayo descubrió dos impulsos que convienen a su carácter: la libertad de espíritu, que alienta la curiosidad, la mezcla, los circunloquios, y un compromiso con la forma, porque solo quienes componen, atentos al ritmo y al tono, pueden alcanzar cierta precisión conceptual. Él mismo lo reconoció ayer, durante los agradecimientos, con ademanes de diva barthesiana (que renuncie a ensayar quien no asuma en su discurso la pose que convenga a la manifestación de su rareza): «Yo elegí el ensayo, pero el ensayo también me eligió a mí».

23 de marzo

LA PREPARACIÓN DEL CURSO

Miserias de la virtualidad: por temor a perder el hilo del discurso y a quedarme en blanco —me preocupaba poco en las clases presenciales y ocurría con frecuencia—, preparo por escrito casi todo lo que voy a decir, hasta las digresiones preliminares. Las clases me salen mejor estructuradas, pero temo que la pérdida de espontaneidad acarree también, en algunos casos, pérdida de precisión —la que se conquista circunstancialmente, en el curso de una especulación improvisada—.

Del lado de lo venturoso: al no tener que trasladarme fuera de mi estudio, cuento con todos los libros que pienso citar y también con aquellos en los que tendría que buscar una cita que amplifique el alcance de una asociación imprevista.

5 de abril

LA OSCILACIÓN

Hoy a la tardecita comienzo a dictar los teóricos de mi materia. Me observo preparar la clase y advierto un marcado vaivén entre dos extremos anímicos: del entusiasmo al desasosiego. Si no temiera quedar «tarumba», como decía Borges, tomaría un Clonagin.

Me gusta comenzar con el elogio de la teoría, saltar de la especulación más o menos filosófica al comentario de alguna lectura reciente (esta vez, uno de los textos de *El idioma materno* de Fabio Morábito, que descubrí gracias a Paola) o de algún conflicto de nuestra actualidad cultural (esta vez, lo que presuponen las políticas de la «cancelación» cuando se especula sobre los vínculos entre vida y obra). El desasosiego me embarga repentinamente cada vez que recuerdo que el año pasado también comencé a dictar la materia por Zoom, acechado por discursos que, en nombre del cuidado de la salud pública, infunden miedo, como si alguna vez alguien, un individuo o una colectividad, hubiera actuado responsablemente por sentirse atemorizado. Para colmo, después de un año de desgaste, la impotencia de esos discursos se volvió espectacular.

Desde hace un año se nos dice que la salvación llegará con la vacuna producida por los laboratorios. Y uno se pregunta, desde hace un año, cómo puede ser que hayamos aceptado tan mansamente, los ciudadanos y los Estados, quedar en manos de la industria farmacéutica, de cuya rapacidad nadie duda. «Si no reclamamos la liberación de las patentes en medio de la primera pandemia estrictamente global de la historia, ¿cuándo lo haremos?», se preguntaba ayer Damián Tabarovsky en su columna del diario *Perfil*. Con pesar, suscribo su respuesta: «Me temo que nunca».

20 de mayo

¿QUÉ FUE DEL GIRO AUTOBIOGRÁFICO?

La semana pasada terminé de dictar el curso sobre Barthes y la escritura del duelo. Iba a durar dos o tres clases y terminaron siendo ocho. Acaso los temas tratados lo requerían, aunque otro profesor lo hubiera resuelto con mayor economía y elegancia en cuatro reuniones. Para mí fue como estar de viaje, en un tiempo aciago en el que no podemos viajar, y reunirme semanalmente con un grupo de amigos para contarles cómo la estaba pasando. Manuel Quaranta publicó ayer una crónica feliz de su asistencia al curso. Me permite imaginar que, para algunos asistentes, las clases también fueron la ocasión de desplazamientos venturosos.

Desde que el viaje concluyó, no consigo readaptarme a mis rutinas. No me hallo. Como tampoco puedo escribir —esa otra forma de viajar—, ayer decidí que, a más tardar

en un par de semanas, tendré que empezar a dictar un nuevo curso por Zoom. Lo mejor de esta decisión es que ya tengo en qué ocupar laboriosamente el tiempo el próximo fin de semana para sustraerme a la sensación de vacío. Va a ser otro estilo de curso, más breve y más variado: cuatro clases, cada una sobre un autor y una obra. Acaso también resulte más conversado. Ya tengo el título: «¿Qué fue del giro autobiográfico?», y un corpus preliminar: *Dos relatos porteños* de Raúl Escari (¿cómo puede ser que su estrella haya sido tan fugaz?, sería una pena que cayera en el olvido); *Black out* de María Moreno; *El hijo judío* de Daniel Guebel y *Pequeño recuento sobre mis faltas* de Cecilia Pavón. Dos mujeres y dos varones, para no despertar recelos. El eje temático será las tensiones entre lo espectacular y lo confesional en las escrituras de sí mismo, tal como se manifiestan en cada obra de una manera diferente. Después de haber recorrido un país durante dos meses, ahora fantaseo con visitar cuatro ciudades en cuatro jornadas.

25 de mayo

EL HOMBRE QUE ESCRIBÍA LAS MEJORES NOVELAS

Me entretuve releendo *Lluvia* de Georges Simenon, una de las novelas que siempre incluyo entre mis favoritas de este autor, junto con *El hombre que miraba pasar los trenes* y *Carta a mi juez*. Simenon publicó setenta y seis novelas policiales y ciento veinte de las llamadas «serias» o «psicológicas». Las tres de mi lista pertenecen a este segundo grupo,

que algunos identifican, con buen criterio, por el interés en el estudio moral de la sociedad provinciana a partir de la fricción que provocan las contradicciones o las ambigüedades de un personaje anómalo.

No releía *Lluvia* desde hace más de veinte años. La recordaba, exclusivamente, como la novela de la infancia, esa edad en la que se pueden intuir verdades que los adultos ignoran porque todavía no se contrajo la obligación de desconocer la propia intimidad. En la infancia se registran las cosas con excesiva agudeza, con demasiada violencia como para que la memoria pueda conservar las impresiones por mucho tiempo. En *Lluvia*, la infancia es, en primer lugar, esa edad en la que un chico puede considerarse amigo de otro con el que nunca habló, al que sólo ve diariamente a través de una ventana: «A este Albert que tanto lugar ocupa en mis pensamientos y en mi afecto, yo nunca le he hablado, nunca le he tocado la mano».

No recordaba que *Lluvia* también es la novela de la proximidad con la madre. Motivo infrecuente en Simenon, prolífico creador de madres insensibles o despiadadas, como habrá sido la suya, a juzgar por lo que cuenta en *Pedigree*, o en el comienzo de *Carta a mi madre*: «Mientras viviste nunca nos quisimos, bien lo sabes. Los dos fingíamos». El protagonista de *Lluvia*, Jérôme, todavía puede sentirse cerca de esa mujer distante, demasiado ocupada o absorta, que le dio vida. Una tarde no se separa de sus faldas hasta el atardecer: «Por lo general, no me dejaba merodear por la tienda y

varias veces estuvo a punto de enviarme arriba. ¿Le agradaba a ella tenerme a su lado? ¿Notó aquél día que yo la quería mucho?». En mi relectura de hace un momento señalé, con una línea vertical trazada sobre el margen derecho, estas conjeturas de Jérôme, el narrador adulto que revive el universo de su niñez, como el momento más conmovedor de esta novela extraordinaria.

Se diría que en *Lluvia* Simenon desdobló la figura de su madre real en la de la madre de Jérôme y la de la aborrecible tía Valérie, la viuda invasora que envenenó por un tiempo la casa familiar de mezquindad y desconfianza. «A nadie he oído pronunciar la palabra ‘canalla’ como a mi tía Valérie. Su boca bigotuda la masticaba y la escupía, como el que mete en ella una nuez estropeada». El arte del narrador-moralista es, entre otras cosas, el de recuperar la violencia de las percepciones infantiles a través de imágenes afectivas implacables.

4 de junio

LIBROS Y AMISTAD

Me entretuve leyendo el *Wilcock* de Bioy Casares. No hace falta compararlo con el *Borges* —sería como haber esperado la repetición de un prodigio— para sentirse decepcionado. Entre las pocas cosas que subrayé, una *boutade* acaso involuntaria pero muy graciosa: la referencia a Barthes como «un Castagnino que tienen por acá» (Bioy se lo cruzó a comienzos de los setenta, en Niza, cuando coincidieron como jurados de un premio literario). En una carta de Silvina Ocampo

que comenta lo insoportable que se le volvió Johnny con el paso de los años, este despunte de sabiduría: «La gente con la edad empeora considerablemente aunque escriba mejor. Parecería que adquieren el derecho a sus defectos». El juicio me alcanza y me desnuda —cada vez soy más indulgente con mis faltas y debilidades, si hasta parece que les tomé cariño— y ni siquiera tengo el consuelo de escribir mejor. De pronto, al final de una extensa entrada de diario fechada el 15 de mayo de 1970, en Roma, un «Momento de Verdad» en el que se conjugan, para mí, que salto de la curiosidad a la identificación, el desgarró y la evidencia: «Cuando nos despedimos le dije con tristeza que me parecía un disparate que él viviera en Roma y nosotros en Buenos Aires». ¡Es cierto, un verdadero disparate! Como que Darío viva en Copenhague y nosotros en Rosario. Cada vez que tenemos que despedirnos después de compartir varios días en alguna ciudad extranjera, no importa si la convivencia comenzaba a espesarse, experimento el escándalo de que la intimidad y la distancia existan al mismo tiempo. Darío regresa a Copenhague, nosotros, a Rosario: ¿cómo puede ser? (Barthes expuso la teoría del «Momento de Verdad» en *La preparación de la novela*. A Castagnino no se le hubiera ocurrido jamás).

15 de octubre

«HAY QUE DARSE AL AMOR COMO AYER»

Voy a dictar los dos últimos teóricos de este año de forma presencial. Acabo de recibir un mail de Bedelía en el que nos informan que tenemos asignada el Aula 7 (entrando por Corrientes). Ayer hicimos una consulta y ocho estudiantes manifestaron su voluntad de asistir a la clase del 25 de octubre, y diez, a la del 1 de noviembre. Son pocos, considerando que casi veinticinco entregaron el segundo parcial, pero no menos de los que solían asistir a los últimos teóricos de cada cursada en los años anteriores a la pandemia. Las clases quedarán grabadas, para que puedan aprovecharlas en diferido también los ausentes. (La idea de que una clase de Teoría Literaria es algo de lo que los estudiantes de tercer año podrían sacar provecho, y no solo un deber escolar, tal vez no resista el contraste con los intereses *centennials*, pero igual la sostengo, por razones de supervivencia.)

No soy muy afecto a las retóricas del «aguante» o de la «resistencia» porque el sentimentalismo que se hace pasar por ideología suele prestar buenos servicios a la voluntad de sometimiento, no importa qué tan progresistas o emancipadores se autoperciban los sujetos implicados; igual creo que la decisión que tomamos en la cátedra de volver ya mismo a la presencialidad tiene un alcance político, no solo pedagógico.

ÍNTIMA

Cuando nos reencontramos por primera vez después de la separación —habíamos pasado algunos meses sin noticias tuyas—, papá me llevó a caminar por la zona del Monumento a la Bandera. Mucho tiempo después me contó que, de improviso, yo le había preguntado «¿Por qué no volvés a casa?», y que a él se le había estrujado el corazón. Recuerdo la luz del mediodía, la proximidad del río, la hamburguesa que comimos de pie en un carrito, pero no que me haya animado a pedirle a papá que volviera. Tampoco cuál fue su respuesta, si es que la hubo.

De ese recuerdo que nunca tuve, lo que más me sorprende es el tono con el que yo habría enunciado la pregunta, la cercanía y la confianza con los que mi pedido se grabó en la memoria de papá. Como si a mis once años, en el primero de los muchos paseos que haríamos juntos sin las mujeres de la familia, de golpe y porrazo le hubiera reclamado: «Papi, por qué no te dejás de joder».

No volví a usar ese tono para conversar con papá hasta algunos años después de su muerte, cuando comencé a escribir sobre él, sobre nosotros.

OCTUBRE DE 2013

Unos días antes de viajar, hablé con César para advertirle que mi estado anímico era deplorable y temía que pudiera empeorar durante nuestra estancia en Lima. Los ataques de desesperación arreciaban y se convertían en pánico si me quedaba solo. Iba a ser un compañero de viaje insoportable, desgastante, y quería que él lo supiera. Me tranquilizó con una frase enigmática: «Tengo experiencia, puedo arreglármelas». ¿Experiencia como paciente o como asistente terapéutico? En ese momento no se me planteó la duda: el tono transmitía convicción, seguridad, y eso, al parecer, era lo que yo precisaba. Quedamos en que lo pasaría a buscar por su casa para ir a Ezeiza con un remise. Otro amigo me iba a acompañar desde Rosario a Flores.

Hasta hace un tiempo confiaba en que la vida académica nos daría otra oportunidad y volveríamos a Lima juntos para hacer más o menos las mismas cosas, pero esta vez entusiasmados, o al menos divertidos, como suele ocurrir cuando se viaja al extranjero con un amigo. Ahora sé que aunque lo planee y me ocupe de todo, hasta de propiciar la invitación a un coloquio para que conversemos en público, ese viaje compensatorio es una quimera. La vida de César se volvió muy extraña. Tal vez ni siquiera volvamos a compartir una caminata o un café en Rosario.

Algunos recuerdos de Lima son nítidos y hasta parecen dichosos, si no fuera que también recuerdo que en casi

todo momento me sentí angustiado. Un mediodía, después de recorrer velozmente el museo Larco, almorzamos en un chifa. Otro, visitamos el casco histórico y caminamos por Barranco. César era un guía turístico más bien convencional. Una noche fuimos al teatro, no recuerdo a ver qué obra (la función estaba dentro del programa del coloquio), y después a cenar a un restaurante lujoso, con las anfitrionas y otros invitados. Desde nuestra mesa, a través de una pared de vidrio, se veía un conjunto de ruinas arqueológicas iluminadas artificialmente.

El sufrimiento era continuo, o peor, incesante, como en casa. Se interrumpía fugazmente a la noche, después de tomar la medicación, mientras esperaba que los ansiolíticos me tumbaran. Ese intervalo de alivio lo pasaba en la habitación de César, tirado en la cama mirando televisión. Él se quedaba leyendo en el otro ambiente de la suite, un living no muy amplio. Sobre la mesa había una pila de libros y una botella de whisky que César había comprado en el *free shop* de Ezeiza antes de salir.

Aunque me despertaba temprano, demoraba más de una hora en arrancarme de la cama. Cuando lo conseguía, bajaba a desayunar. César, que ya había hecho una larga caminata, me estaba esperando. Una mañana compartimos la mesa con un joven editor que tenía pinta de rockero. Hablaba rápido y era ocurrente. César lo escuchaba con simpatía, con cariño.

Los amigos que me asistieron sin reservas durante el tiempo de la enfermedad, los que soportaron las

insoportables y agónicas demandas de compañía, se agrupaban en dos clases. Los que también se exponían al torbellino de la conversación sufriente, la profusión insaciable de lamentos y autoinculpaciones, y los que preferían casi no hablar de lo que me estaba ocurriendo, los que sacaban otros temas o acompañaban en silencio. Durante los días que compartimos en «Lima la horrible», César perteneció al segundo grupo.

2 de noviembre

LA MAGNITUD DEL DESASTRE

Ayer dicté el último teórico del año, el segundo «presencial». Me di el gusto de usar el pizarrón, para apuntar nombres o fijar ocurrencias, y de exponer caminando. Antes de comenzar, una chica comentó la ilusión que le había hecho elegir otra vez qué ponerse para asistir a una clase. El clima general era de entusiasmo, incluso de alegría. Bajo su influjo, y aprovechando que el tema era los *Diarios de la edad del pavo* de Fabián Casas, me prodigué en lecciones de ética: que no busquen el cambio de vida, porque nunca ocurre voluntariamente, pero que traten de hacer lo posible para propiciarlo; que no apuesten fuerte al reconocimiento, porque es un juego en el que siempre se pierde, incluso cuando se gana; que no confundan «incertidumbre» con «desorden» —el joven Casas lo hacía, y vivió sintiéndose amenazado o impotente—; que aprendan a querer las propias estupideces, menos para celebrarlas que para neutralizar los impulsos

autodestructivos, los que se agazapan tras las exigencias de perfeccionamiento.

Comenté, a título de ejemplo autobiográfico, un cambio de perspectiva que vengo observando en los últimos años respecto de mi ansiedad: en algún momento dejé de anhelar liberarme de ella, como si se tratara de una enfermedad o un vicio, y renuncié al ideal de una vida saludable sin estrés, la acepté como si la hubiera elegido, y ahora me parece que, si no me arrasa, la gestiono mejor. El auténtico cambio de vida es un cambio de perspectiva, no de costumbres o inclinaciones. «En mi caso ocurrió después de varias catástrofes anímicas, porque no me quedó otra, no porque me lo hubiera propuesto. No es necesario que sea así».

Al final de la clase, ya de salida, un chico se acercó a conversar. Asoció bien algo que había escuchado hace unos meses, que para saber del ensayo hay que actuar ensayísticamente, con lo que acababa de ocurrir: al carácter neurótico del personaje que Casas compone en sus diarios yo me había acercado ironizando sobre mis propias tendencias obsesivas. «Es una manera divertida de practicar la crítica literaria», concluyó entusiasmado. «También la más eficaz», añadí. Después reconoció que había podido seguir mucho mejor las clases presenciales; a la chica que se sentó al lado suyo le había pasado lo mismo. No solo comprendieron cada tema, sino también por qué pasábamos de unos a otros. Cuando asistían virtualmente, aunque estuvieran interesados, no podían evitar distraerse, incluso desengancharse. Lo imaginaba,

pero escucharlo sin mediaciones tecnológicas de la boca de un estudiante, uno con el que hubiéramos podido conversar seguido después de clase, me entristeció.

3 de diciembre

NADIE ES PERFECTO

El 12 de abril, a las 8:35, recibí un mensaje de LM a través de Messenger: «Hola, Alberto. Quería saber si estás atendiendo virtual. Se me ocurrió que podría iniciar un análisis con vos, yo vivo en Buenos Aires. Tengo algunas dudas, pero prefiero consultarte luego. Espero que andes bien». Respondí recién a las 10:20. Demoré casi dos horas en despejar el equívoco, «Lo siento, no soy analista», porque en verdad lo lamentaba. Necesité ese tiempo para renunciar a la fantasía de una conversación sobre asuntos personales con una mujer inteligente y atractiva y, más difícil aún, para desprenderme de una imagen halagüeña que no me corresponde, la de un sujeto que sabría qué hacer con las cosas de la vida. Por un momento barajé la posibilidad de aprovechar la ocasión y saltar del otro lado del diván (autorizarme a mí mismo, que diría un lacaniano), pero noté que me faltaban ganas. Me considero bueno para interpretar lo que alguien cuentan de su intimidad sufriende sin precipitarme en valoraciones morales, aunque advierta que se engaña o se maltrata, pero solo si ese alguien me simpatiza. Puedo ser un consejero eficaz, a veces me lo dicen, pero como analista sería un peligro.

Ayer, de la nada, después de un tiempo de silencio, recibí un mensaje de WhatsApp de Luciano Lutereau: «Tengo amigas que piensan que sos psicoanalista y quieren analizarse con vos. No les digo que no lo sos, porque no lo sé, a tu modo quizá sí. Es que me da miedo que si les digo que no sos analista, me digan como en una comedia de Billy Wilder: ‘Nadie es perfecto’.» Me gusta cuando un amigo me corteja y aprovecha para cortejarse a sí mismo. De esa forma siento que su cariño es auténtico. Respondí al mensaje de Luciano con un audio breve, cuyo contenido era el mismo que el del primer párrafo de este posteo: suelo jugar al analista que escucha lo que no se esperaba y profiere ocurrencias propiciatorias, pero nunca tuve ganas de ejercer la profesión. Según Luciano, lo que a mí me gusta, a lo que le encuentro un placer muy grande, es a ser analizante. A echar mano de esa posición, que es algo que me habría llevado del análisis a la vida corriente, para conversar, dar clases o escribir. La hipótesis me sonó tan bien que me abstuve de pedir precisiones.

Este libro,
tanto en su versión impresa como digital,
se terminó de componer en Santiago de Chile,
en las oficinas de
bulk editores
el 15 de diciembre de 2021.

Para el interior,
se utilizó la tipografía EB Garamond
(de Georg Duffner)
en sus tres variantes principales (12 / 17)
y para la portada, la familia IM Fell DW Pica
(de Iginio Marini).



una idea,
un fragmento,
una lista,
unos versos,
un texto que no termina
y sin embargo empieza,
un gesto,
un resplandor, un decir,
algo inconcluso
que habla

Ñuñoa • Santiago de Chile
2021

ISBN 978-956-6162-14-8

